

IV.

Lord Parr no quiso dejar el castillo en que habia muerto su esposa.

Su dolor que, durante los primeros dias de su pérdida, siguió los trámites regulares de todos los grandes dolores, varió poco á poco de carácter.

Jorge dejó de llorar y se le vió dejar tambien de comer y de dormir, interrumpiéndose en él todas las funciones de la vida.

Cada noche bajaba al panteon de familia y se recostaba en la tumba de Geraldina, sobre la cual estaba la estatua de la jóven en actitud de orar.

El que hubiera estado observando aquella lúgubre escena, hubiera oido al Conde hablar como si se dirigiese á una persona invisible que le respondiese.

Su razon se habia trastornado y su monomanía era oir la voz de su esposa á través de la helada piedra de su sepulcro.

En los primeros dias de su viudez, pidió algunas veces que le llevasen á su hijo.

Desde que su cerebro adquirió la terrible enfermedad de la demencia, le ocupó un pensamiento fijo.

Reunirse con Geraldina que le llamaba desde su tumba, que le decia que tenia miedo y frio allí sola.

Una noche tomó en la sala de armas un cuchillo de caza y bajó al panteon; segun su costumbre, aplicó el oido al frio mármol de la tumba, y escuchó durante algunos instantes.

—Voy, voy contigo, respondió á la voz que el sólo escuchaba; yo te abrigaré con mi capa que la llevo aquí, y te haré compañía.

Al acabar de pronunciar estas palabras se clavó el cuchillo en el corazon, y cayó sin lanzar un gemido.

Ni un pensamiento hubo para sus hijos en aquella alma herida de muerte.

Al dia siguiente se halló su cadáver; en sus facciones habia vuelto á pintarse una expresion feliz y sonriente.

Habia vuelto á ver á Geraldina.

Las exequias del Conde fueron magníficas, y desde aquel dia hasta la llegada del tutor de los niños, éstos siguieron bajo el cuidado de Mistriss Arabela.

Pero el tutor tardó muy poco en llegar.

Era un viejo solteron y en extremo avaro.

Limábase lord Hamilton y era tio paterno de lord Parr.

El tutor cerró el castillo y partió á Lóndres con

sus sobrinos y Arabela, que ya habia sacado del armario secreto el cofrecito, donativo de la Condesa.

Habia allí una crecida cantidad de dinero y bien pronto tuvo que tomar de ella para dar á los niños mil delicadezas á que estaban acostumbrados y de las que los privaba su avaro tio.

Este buscó un preceptor para Guillermo, y entonces empezó para Catalina y su aya aquella vida feliz y retirada de la que siempre, y aún siendo reina de Inglaterra, guardó tan dulce recuerdo.

Era Catalina Parr de natural blando y apacible, y estaba dotada de extraordinario talento. Arabela, instruida perfectamente en varios idiomas, fué para ella al mismo tiempo una sábia preceptora y una cariñosa amiga. Lord Hamilton vivía completamente solitario.

Catalina y su aya pasaban toda la mañana ocupadas en el estudio y en las labores, y por la tarde iban á algun paseo retirado; trataban además á dos ó tres familias amigas del aya; círculo reducido, pero en el que reinaban el cariño y cordialidad, y en el que todos adoraban á la bella y tierna Catalina.

Esta, en los dias de su santo y cumpleaños, era obsequiada con ramilletes, dulces y toda clase de esos sencillos presentes que tanto agradecen las jóvenes.

Así pasaron ocho años.

Catalina contaba catorce, y si bien era muy ignorante, en cuanto á coqueterias y á esas sutilezas en que muy pronto son maestras todas las jóvenes que

viven en el mundo, no podía hallarse criatura dotada de más perfecciones.

Inocente, como convenia á su edad, parecia ignorar lo perfecto y embelesador de su hermosura.

Además, su educacion era tan completa, que, á no ser por su absoluto retiro, se la hubiera citado por una maravilla entre las jóvenes de la nobleza á que pertenecia.

Habia aprendido á hablar correctamente, y á escribir con perfeccion, el alemán, el francés, el italiano y el español; escribia bellas poesias en su lengua nativa, pintaba con gran gusto y maestría y era excelente música.

La joven Miss se acordaba mucho de sus padres, y esta tierna memoria le hacia derramar algunas veces abundantes lágrimas; pero este era el único pesar que amargaba la dulce tranquilidad de la vida que su buena y amable aya habia sabido hacer dichosa, en medio de su orfandad y de la dura indiferencia de su tutor.

Guillermo Parr era ya paje del rey, segun el derecho que le daba la nobleza de su apellido.

Educábase, con los demás jóvenes de su clase, en un cuerpo del palacio, bajo la direccion de ancianos caballeros de la más esclarecida estirpe; algunas veces iba á comer con su hermana y su tutor, y entonces Catalina recibia la alegría más completa.

Guillermo amaba tambien en extremo á su her-

mana; pedia dinero á lord Hamilton, que éste no se atrevia á negarle, porque temia su carácter altivo é impetuoso y, al marcharse, se lo daba á Catalina.

—¿Para qué me das esto? preguntaba admirada la joven.

—Para que compres dulces y flores.

—¿Si me los compra mi aya!

No importa, te se puede ofrecer una cinta, una joya, y no quiero que carezcas de cualquier antojillo; ¿no somos ricos? y aunque fuéramos pobres, yo trabajaria para que nada te faltase.

Catalina empleaba casi siempre en limosnas los donativos de su hermano.

Su mayor placer consistia en hacer bien á los necesitados.

Lord Hamilton se fué haciendo con la joven y con su aya algo más comunicativo; aperebióse de la excelente educacion de Catalina y cumplimentó por ella á Arabela con una galanteria añeja, pero de la que no parecia capaz.

—Hija mia, dijo un dia á su sobrina, deseo oírte cantar y que te oiga alguna persona; abriremos esta noche el saloncillo azul, cerrado desde la muerte de mi esposa, y reuniremos algunos amigos de confianza para que admiren tu talento; aqui tienes un precioso laud que te regalo yo, prosiguió el anciano señalando una caja que habia encima de una mesa; adórnate

con esmero, y baja de tu cuarto cuando yo te envíe á llamar.

Catalina, aturdida con aquel acontecimiento, se puso muy colorada, hizo una reverencia, y se retiró para contar á su aya lo ocurrido, y examinar sus trajes para saber cuál debería ponerse.

Todos eran sencillísimos. Arabela, obedeciendo el encargo de la pobre Geraldina, habia hecho vestir siempre á Catalina con trajes de muy poco valor; se eligió, de conformidad, uno de gasa blanca con algunos lazos de cinta azul.

A las ocho de la noche llamaron á la jóven, de órden de su tío, y ésta bajó acompañada de su aya, que no dejaba nunca su traje de seda negro y su toca de viuda.

En la puerta del salon se hallaba el anciano lord, que le ofreció el brazo para conducirla á su asiento.

Bien necesitaba Catalina de aquella ayuda, porque estaba como deslumbrada.

Lo primero que vió fué una estancia muy espaciosa y llena de luces; luego, gran número de damas pomposamente ataviadas con flores y plumas, y algunos caballeros con trajes de vivos colores, bordados en oro y plata, ennegrecidos por el tiempo.

Su tío estaba tambien desconocido.

El buen anciano se habia puesto el traje de ceremonia que usaba cuarenta años ántes.

Catalina, trémula y con los ojos bajos, pasó por

el salon apoyada en el brazo de su tío y seguida por su aya; saludó á derecha y á izquierda, y ocupó su sitio.

Pasados algunos instantes, se decidió á tender una mirada en derredor suyo, y á pesar de su falta total del mundo, aquella reunion le pareció en extremo grotesca.

Componíase de los señores de los castillos de las cercanías, algunos de los cuales en su vida habian pisado la ciudad, y cuyas esposas estaban ridículamente cargadas de cintas, de plumas, de joyas hereditarias, y de colorete.

La jóven tomó el laud que le presentaba su tío, y cantó una antigua y sencilla balada escocesa, empezando con extremada timidez y acabando con un acento lleno de ternura y de inspiracion.

Pidieron que la repitiera, y cantó otra melodía de distinto género, arrebatando al vetusto auditorio, pues es de notar que lord Hamilton, al hacer aquel pequeño convite, habia excluido á todo caballero que no pasara de los cuarenta años.

Acabada la música, se trasladó la concurrencia al comedor, donde habia servida una espléndida cena, y Miss Parr, animada por los elogios y por las benévolas miradas de su tío y de su aya, consiguió hacer los honores con bastante serenidad.

Los convidados se retiraron algo tarde, al parecer encantados de lord Hamilton y de su sobrina; pero

al salir de allí, cada uno de ellos estalló en amargas quejas.

—El viejo carroña, decia una anciana Condesa seca y llena de colorete, ni siquiera me ha invitado á cantar.

—Como que nos ha llamado para que admirásemos á su sobrina.

—¡Pues es preciosa! parece una paja!

—Y blanca como el yeso.

—Y muy mal ataviada.

—Decid mejor muy pobremente vestida.

—Yo he hallado detestable el contraste que hacen sus ojos negros y sus cabellos rubios.

—Y con nosotros ha estado, en verdad, muy poco expresiva.

—¡Pero cómo ha de estarlo, si no sabe hablar!

—¡Si parece una paleta!

—¡Tal aya tiene!

—¿Y la grosería de excluir á nuestros hijos?

—¿Si pensará que se van á comer á su dichosa sobrina?

—Sin duda tiene muy poca confianza en su virtud.

—¿Creeis vos que, á pesar de su aire monjil, no habrá tenido ya sus devaneos?

—¡Bah! ¡bah! ¡Yo lo creo! ¡Sale con el aya siempre que le da la gana; y al fin, la mala cabeza y la falta de religion son en ella heredadas; su padre se

suicidó, como un marinero, como un hombre de la plebe!

Todas estas acusaciones tenian lugar en la casa más cercana al castillo de lord Hamilton y propia de uno de sus convidados.

Como la circunstancia de ir cada matrimonio en su coche les impedia hablar y comunicarse sus incisivas observaciones, se convino, á la salida de la fiesta, que se detendrian todos *para hablar un rato* en el más cercano de los castillos de los convidados.

Despues de agotar todos los recursos de su verbosidad para poner en ridiculo al tutor y á la pupila, se separaron los dignos señores, deseando que se les convidase á otra fiesta.

Hacemos muy mal en quejarnos de la agresiva envidia, cáncer de nuestra sociedad y de la inconsecuencia de nuestros amigos, cuando siempre ha sucedido lo mismo.

Algunos dias despues, lord Hamilton subió á la habitacion de su sobrina, hizo retirar al aya y se sentó á su lado.

—Catalina, le dijo, vivo sólo hace mucho tiempo y conozco que tú podrias embellecer mi soledad y hacer felices los últimos años de mi vida; ¿quieres casarte conmigo?

La jóven quedó suspensa y no supo por el pronto qué debia contestar.

Luego la claridad de su talento le suministró un argumento luminoso, y contestó á su tío:

—¿No soy vuestra pupila, milord? ¿Pues qué necesidad hay de que nos casemos para que yo os acompañe y os cuide?

—Sin embargo, Catalina, piensa hasta mañana lo que te pregunto, dijo lord Hamilton levantándose y saliendo de la estancia.

Así que salió, Catalina llamó á su aya y le contó lo que le había sucedido.

—Hija mia, respondió Arabela, no hallo inconveniente en que acepteis esa proposicion; siempre será mejor posicion la vuestra siendo la esposa, que siendo la pupila de lord Hamilton; tendreis más ocasion de hacer bien y vuestra juventud no se deslizará tan solitaria y triste; casaos con vuestro tutor; él tiene setenta años y vos catorce y no será para vos otra cosa que un padre afectuoso, porque, á pesar de sus defectos, su carácter es noble.

Un mes despues de esta conversacion, Catalina Parr era lady Hamilton, y una de las damas más opulentas de la rica Inglaterra.

V.

Subyugado el antiguo tutor por la belleza, las gracias y el talento de su esposa, no sólo le entregó todos los bienes de sus padres, sino los inmensos tesoros que él poseia y cuya existencia, á pesar de saberse que era rico, nadie sospechaba.

Su avaricia cambió de objeto; comparado con Catalina, el dinero era á sus ojos la cosa del valor más escaso ó más negativo.

Su esposa le parecia el ideal de la perfeccion humana.

Guillermo Parr se enojó mucho por aquella boda y la primera vez que vió á su tío, le preguntó si se habia vuelto loco.

—¿Por qué? preguntó á su vez el anciano con gran admiracion.

—¡Pardiez! ¡Si mi hermana fuera otra!...

—¿Qué haria?

—Tomar un amante, y no seria yo quien la acusára.

Catalina se puso roja de vergüenza.

La palabra *amante* era incomprensible para ella y, sin embargo, el pudor de la mujer hablaba en su corazón.

Cuando Guillermo pudo hablarla á solas, la preguntó cómo la trataba su caduco esposo.

—Muy bien, respondió la jóven, y debo confesar-te que ahora soy mucho más feliz.

—¿Feliz al lado de ese vestigio? exclamó el impetuoso jóven.

—Feliz; ¿y por qué no? ahora poseo todo cuanto quiero; doy muchas limosnas, compro joyas y te puedo dar además dinero para tus caprichos, como tú hacías conmigo.

—¿Y os visitan muchas gentes?

—Con intimidad, muy pocas; sólo un anciano amigo de milord y algunas señoras vecinas.

—¿Y quién es ese anciano? ¿Cómo se llama?

—Lord Latimer.

—¡Ah! ¿Ese viejo extravagante, tan pulcro, tan delgadito, que parece una mómia?

—Ese mismo.

—¡Pobre Catalina! murmuró Guillermo; ¡Tu juventud se va á helar bajo ese monton de cabellos blancos!

Catalina respondió sólo con una alegre sonrisa.

Su vida apacible no habia cambiado nada y estaba segura además del porvenir.

El misterio de su tranquilidad era muy sencillo; no conocia la explicacion de la palabra amor; sólo

habia vivido entre ancianos, y creia que el mundo y sus encantos le eran ya conocidos.

Durante un año todo fué tranquilidad y paz en el antiguo castillo.

Aquellos mismos convidados, que habian censurado con tanta acritud á lord Hamilton y á su pupila, volvieron para adular servilmente á milady Hamilton, á pesar de que la prohibicion del anciano, respecto á los jóvenes, subsistia con el mismo rigor.

En vano las madres habian intercedido por sus hijos, las hermanas por sus hermanos; no era posible penetrar en aquella opulenta mansion, sin tener los cabellos blancos.

Un dia lord Hamilton se quejó de un fuerte dolor de cabeza.

El médico del castillo se alarmó seriamente y mandó que se hallase preparado el capellan.

Se acostó el esposo de Catalina y se durmió profundamente; pero su sueño era agitado y su respiracion oprimida.

A la aurora despertó é hizo llamar á Catalina.

Cuando ésta llegó, la asió de una mano y le dijo con voz tan firme como lo permitia su anhelosa respiracion:

—Querida mia, voy á morir... yo lo conozco tan bien como el doctor... estoy atacado de una apoplejía y nada puede salvarme.

—¡Ay, Dios mio! exclamó Catalina llorando; ¡quizá

os engañais, milord! Sólo Dios sabe el término de nuestra vida...

—Dios ha señalado en el día de hoy el término de la mía, Catalina, créeme, interrumpió el anciano: sólo siento morir porque á los quince años te dejo sola en el mundo; sin embargo, aún puedo señalarte un apoyo que no dudo aceptarás... puesto que tu hermano, jóven de diez y siete años, aún no puede prestarte el suyo... ¿Qué te parece lord Latimer?

—Me parece una persona muy respetable.

—Es mi mejor amigo y un digno y honrado caballero. ¡Cásate con él, Catalina!

—¡Casarme yo con él! exclamó asombrada la jóven.

—¿Por qué no? ¿No eras dichosa conmigo? ¿No vivias en paz, que es la sola dicha de la tierra? ¿No eras rica y estimada? Lo mismo puedes lograr con él... y en fin, Catalina, para que yo muera tranquilo, para que yo pueda asegurar á tus padres que he cumplido mi obligacion de tutor, necesito que me proméas casarte con ese anciano honrado y respetable.

—Id, pues, en paz al lado de mis amados padres, milord, dijo la jóven; os prometo que me casaré con lord Latimer.

Poco despues llegó el anciano; Catalina, cuya alma era generosa y agradecida, se retiró llena de dolor.

Los dos amigos quedaron solos y se arreglaron entre el que moria y el que debia casarse con la viuda las condiciones de la boda.

Aquella noche murió lord Hamilton.

Su amigo tuvo el buen gusto de desaparecer de casa de la viuda así que llenó los deberes de la amistad, y sólo le hizo la visita oficial, como todos los demás amigos de la casa.

Tres meses despues, volvió.

—Milady, dijo á Catalina; la voluntad de mi amigo ha sido que nos casáramos; yo no os amo ni he amado jamás á ninguna mujer, por cuya razon no me he casado; pero sin embargo, es forzoso que nos casemos para que descansa en paz aquel á quien tanto he querido.

—Cuando gustéis me hallareis pronta, respondió Catalina.

—Debo advertiros tambien, señora, continuó aquel extraño novio, que yo tengo bastantes ménos años de los que aparento, y que aún puedo vivir muchos para tormento vuestro si no podeis, cuando ménos, estimarme; pero lo repito, es forzoso que nos casemos.

—Creo lo mismo, respondió sonriendo Catalina, y os repito, milord, que cuando querais, me hallareis pronta á acompañaros al templo.

—¿Qué edad me suponeis? preguntó lord Latimer de repente.

—Ochenta años, milord, respondió la jóven.

—¿Todos esos?

—Todos esos, y aún creo que me quedo algo corta.

—¡No! por cierto, señora; sólo cuento cincuenta y seis!

—¡Cincuenta y seis!

—Ya veis que aún puedo vivir muchos años; que aún teneis tiempo sobrado para ser muy infeliz si no os acomodais á mis gustos, ó yo no me acomodo á los vuestros.

—Milord, respondió Catalina con dignidad; al prometer á mi esposo, ó más bien á mi querido tío que me casaría con vos, jamás lo hice contando con vuestra próxima muerte; en cuanto á mi futura felicidad, yo creo que está asegurada con la sencillez de mis gustos y mi afición al retiro; dejadme á Mistriss Arabella, permitidme socorrer á los necesitados y nada más os pido.

—Entonces, milady, podemos unirnos cuando os parezca mejor, dijo lord Latimer admirado de hallar tanta prudencia y firmeza en tan tierna edad.

—Ya os he dicho, milord, que mi voluntad es la vuestra; pero os agradecería que me dejárais pasar los seis meses primeros del luto en el retiro y la soledad.

—Sólo deseo complaceros, respondió lord Latimer inclinándose con galantería; adios señora; os veré al-

guna vez, pero lo ménos posible para no molestaros hasta el dia en que os digneis hacerme dichoso.

Lord Latimer salió de la estancia, dichas estas palabras, y Catalina quedó luchando entre los opuestos sentimientos de una irreprimible hilaridad y de la gratitud más viva.